

La transparencia de los carámbanos

Seudónimo: Amor vincit omnia

Sierra del Segura. Edad del Bronce.

Año 1684 antes de Cristo .

El lobo de pelaje de ceniza aulló desde las rocas. Era ya media noche y la diosa Luna se asomaba tras unos retales de nubes sucias, tiñendo de palideces el rostro de Astil. El muchacho buscó descanso apoyando su espalda en el tronco quebrado de una encina, el cuello envarado, los músculos de los brazos tensionados como la cuerda de su arco, las piernas flexionadas, preparadas para impulsar su cuerpo en caso de necesidad, las sienes alumbrando un sudor frío, como escarcha desleída; la mirada afilada, dura, engarzada en el risco cuarcítico que servía de atalaya al líder de aquella manada de lobos que le perseguía desde hacía más de tres días, los mismos días que llevaba sin dormir, sin pensar en nada más que en escabullirse de su amenaza. Pensando sólo en sobrevivir, al menos durante una jornada más. Necesitaba conciliar el sueño y también alimentarse. Extrajo un pedazo de tasajo de ciervo del morral y comenzó a devorarlo con ansia, a dentelladas,

como si aquella fuera la última oportunidad de lograr sustento. Reunió luego un puñado de broza reseca y lo prendió golpeando dos piedras de pedernal. Las llamas se encaramaron de prisa por encima del pasto, consumiéndolo con chasquidos breves, ásperos, tiznados de humo espeso. Astil añadió una rama de coscoja para dar confianza al fuego, cruzó dos troncos más gruesos para garantizar la perdurabilidad del combustible durante el resto de la noche y, tras palpar el filo de su puñal de cobre en busca de unas briznas de valor, se arrebujo bajo una piel curtida de cabra sin atreverse aún a cerrar los párpados. Todo en su mente era un confuso crepitar de peligros, de incertidumbres acechantes, la noche, el frío, la demacrada luz de la diosa Luna, la sed, la lejanía de su poblado, de su añorado hogar. Y los lobos. Unos animales perseverantes, capaces de permanecer a un tiro de piedra de su cuerpo durante el tiempo que hiciera falta, sin perder jamás su rastro, escudriñando su aguante, acechando cualquier síntoma de debilidad, salivando sus quijadas, cerniendo la brisa con sus hocicos, arañando la tierra con sus garras, impasibles, siempre cerca, siempre dispuestos a destrozarle la garganta para alimentarse con el escarlata tibio de su sangre.

Desde el promontorio de rocas cuarcíticas, las pupilas del lobo se encendieron con el reverbero de las llamas, medrosas, incapaces ahora de calibrar las fuerzas de un pequeño ser humano envuelto en una piel de cabra al que llevaban persiguiendo durante días. Un ser humano agotado que, sin embargo, aún era capaz de convocar en instantes al más ancestral de los enemigos del lobo, el fuego, ese engendro inasible, ese monstruo inmune a sus dentelladas y cuyas fauces enrojadas crecían conforme desarbolaba bosques milenarios, mientras calcinaba cualquier atisbo de vida sin mostrar piedad alguna.

Astil sabía que ambos, el lobo y el fuego, eran depredadores ávidos de sangre, pero también sabía que algo los diferenciaba, algo esencial, inapelable. El fuego era un depredador cruel, pero resultaba un aliado si se manejaba con cuidado, con pericia, con respeto. El muchacho lo temía tanto como a los lobos y sabía que si se desbocaba podía trocarse en inmortal. Sólo el dios de la Lluvia sería capaz entonces de extinguirlo. En cambio, tanto el lobo como el hombre eran mortales, podían sucumbir ante la enfermedad, ante la vejez o en el fragor de un combate. Y Astil sabía que los lobos jamás se enfrentarían a un depredador inmortal manejado por el hombre.

El lobo emitió un gáñido hondo, como de derrota, quizá de sumisión, agachó la cerviz, enterró su cola bajo el vientre y abandonó el promontorio de un salto, liderando la manada hacia el poniente, en busca, tal vez, de una cierva herida o de un jabato con los que apagar las escarbaduras del hambre. El fuego, aun en manos de un insignificante muchacho, no resultaba un enemigo asequible para ellos, al menos por ahora.

.....

El día amaneció con un cielo cercano, embarrado de nubes oscuras que se desplazaban a merced de un viento racheado y bronco, un viento que despertaba gemidos sibilantes por entre las ramas de los lentiscos, sobre las cruces de las encinas, bajo los tallos rojizos y últimos de los madroños. Sin embargo, Astil sonrió. La manada de lobos había cejado en su empeño por acosarle y quizás al atardecer ya estaría en el poblado, recibido por su padre, - el jefe de la tribu-, como se merecía, como un héroe, como un digno sucesor en la dinastía que gobernaba su pueblo desde hacía demasiados inviernos, más de los que ningún hombre vivo podía recordar, como un valiente explorador capaz de defenderse por sí mismo en la inhóspita fragosidad de la Sierra Umbría, siete jornadas al noroeste de la tierra que le vio nacer. Conforme avanzaba y

reconocía las trochas, las vaguadas, los bosquetes de encina y torvisco, los despeñaderos de piedra caliza hendida en barrancos bermejos, los roquedos erosionados que filtraban el agua de las lluvias trasegándola con ansia hasta lo más recóndito de sus porosas entrañas, por sobre una sierra celosa de sus menas de plata, negreada por pinos, madroños, enebros y saúcos. Una sierra que alumbraba en la Hondonada de las Fuentes al Gran Río, un valiente curso de agua que nada más nacer serpeaba hacia al noreste para esposarse con el Borosa y el Aguamulas. Luego torcía hacia el poniente y se empeñaba de por vida en buscar su destino, el de sembrar la fertilidad en las lejanas tierras del suroeste. Al norte, en las faldas orientales de la Sierra, a escasa distancia de su poblado, nacía un río de menor entidad, pero que al hacerlo a través de una caverna que abría sus fauces al firmamento, muy cerca de una leva de nogales y chopos centenarios, tenía desde antiguo la consideración de sagrado. Un río sagrado al que los ancestros de Astil denominaron Agua Segura. Recién alumbrado, su cauce trotaba hacia el noreste, buscando alianzas con el río Madero, con el Zumeta y más tarde con aquel río vomitado por una cueva colgada del Calar del Mundo, para errar hacia el sureste en el fragor de unos cantiles de cal y arenisca derramados en densas manchas

de sabinas, serbales y labiérnagos. El Agua Segura terminaría al fin mestizándose con las olas salobres de un mar tras el que amanecía el dios Sol. Sí, reconocía ya la misma tierra venerable que acompañó a su infancia. El ánimo desperezó sus labios y los forzó a la sonrisa, esmaltando brillos de agua en su mirada. Ya podía ver su poblado, apenas unas decenas de casas -zócalo de mampostería, tapias de barro y techumbre de carrizo- encaramadas a lo alto de un cerro que no era sino una gran roca de color ocre. Todo el derredor de la aldea se protegía con una muralla de piedra salvo por donde una quebrada inexpugnable que se precipitaba hacia una de las revueltas del río hacía innecesaria esa protección. Astil ascendió por un sendero tortuoso hasta la puerta vigilada por dos guerreros armados con alabardas de cobre que le contemplaban atónitos, confusos, con una mueca de incredulidad agarrada a sus labios. Aquel joven había sobrevivido durante casi quince jornadas en la intemperie helada de esas tierras del noroeste que conducían a la Sierra Umbría, una intemperie cuajada de lobos sanguinarios, jabalíes de navajas retorcidas, alimañas rastreras con los colmillos henchidos de veneno, tribus belicosas y soledades amedrentadas por partidas de bandidos cimarrones. Un muchacho apenas armado con un arco, un puñal de cobre y unas cuantas flechas del mismo

metal. Y la hazaña de aquel muchacho consiguió en apenas un instante lo que muy pocos hombres habían logrado en el devenir de los tiempos, en los avatares ancestrales de la tribu, sí, amortajar con un grueso lienzo de respeto el temple de ese corazón de pedernal que colmaba el pecho de los guerreros, guerreros recios, capaces de ayunar durante el tránsito de la luna nueva a la luna llena, capaces de enfrentarse a un novillo cerril con las manos desnudas y derribarlo asiéndole los cuernos; capaces de hacer guardia, en pie, en vela, aferrados a su alabarda y a sus convicciones durante seis, diez, doce jornadas. Las jornadas que hicieran falta.

Dentro de la muralla, en el umbral de la puerta, esperaba su padre, el Gran Moliz, un hombre que cargaba sobre sus hombros el liderazgo de la tribu y los sofisticados menesteres de intermediación con los Dioses que gobernaban la cotidianidad de sus vidas. No permitió que se acercara. Salió a recibirle con un abrazo, el pelo cárdeno a la altura de los hombros, un estrecho aro de marfil ajustado en su frente, la mirada restregada en las pupilas del muchacho, el orgullo desbordado de su garganta al pronunciar su nombre, Astil, cuánto hemos suplicado a los Dioses por ti, cómo te encuentras, tienes que contármelo todo, qué has visto en tu errar

hacia la Sierra Umbría, sé que lo has conseguido, que lo traes contigo, vayamos a agradecer a la Madre Naturaleza su condescendencia para con sus hijos...

Descendieron del poblado los dos solos, mientras, encaramados a lo alto de la muralla y también desde la puerta, las miradas ansiosas de los miembros de la tribu seguían cada uno de sus pasos, sus gestos, las escasas palabras que, arrastradas por el viento áspero del mediodía, lograban escuchar. Padre e hijo llegaron a los pies de un enebro majestuoso hincado entre dos rocas albarizas, rocas de cal, blandas y erosionadas por el hielo y los aguaceros. El árbol sagrado se erguía en una vertical perfecta alcanzando una altura de más de seis hombres y sus hojas aciculares destellaban ante el último sol que conseguía asomarse por entre las nubes de aquella tarde del fin del invierno. El Gran Moliz tomó de las ramas seis frutos del mismo color de un cielo de tormenta y los depositó sobre una laja horizontal de piedra de cal. Quemó luego un puñado de hojas en el interior de un cuenco de cerámica bruñida que ardieron embargando el aire de una humareda delgada, tenue, impregnándolo de un agradable olor a resina. Cerró entonces sus párpados, alzó levemente los brazos y entonó un cántico lánguido que Astil no logró entender. No le importó desconocer el significado

de aquella melodía triste donde las palabras se arrastraban como en un lecho lúgubre, angosto, ya tendría tiempo de formarse en los rudimentos de hechizos, conjuros y plegarias. Sólo le preocupaba el extraño comportamiento de su padre, que no parecía encontrarse en este mundo, junto a un enebro centenario, junto a su propio hijo, sino en ese otro solar extático reservado sólo para los encuentros entre el espíritu trémulo de los hechiceros y la aquiescencia a menudo esquiva de los Dioses.

Cuando el Gran Moliz retornó de su tránsito místico, su hijo descubrió en sus pupilas las huellas de la satisfacción y en sus labios el rastro inequívoco de la esperanza. El contacto con los Dioses había resultado provechoso, por ahora no habría que buscar augurios favorables en las entrañas congestionadas de los cuervos, en las de una culebra bastarda o en la ceniza que dejan las ramas del acebuche tras arder durante una noche de luna nueva. Su padre habló entonces igual que las madres susurran a sus vástagos en los primeros días de su vida, con una dulzura quizá impropia de su cargo, con esa serenidad que pergeñan las certezas:

- Astil, muéstrame ahora lo que trajiste de la Sierra Umbría.

El muchacho abrió su morral y extrajo con las dos manos un envoltorio de hojas de helecho, lo depositó sobre la laja de piedra

caliza y lo abrió muy despacio, la mirada, las palabras demoradas, un reflejo de galena en sus pupilas, también en las de su padre, en los labios trémulos, replegados por detrás de sus dientes, en ese temblor apenas perceptible que embadurnaba sus manos. Los minerales de cobre quedaron expuestos ante la última claridad del crepúsculo que se desleía en ocre, y en púrpura y, en el mismo rojo intenso de los frutos del acebo, por entre unas nubes lóbregas, oscuras como turba calcinada. Tenían forma irregular, como de rocas recién arrancadas de las entrañas de la tierra a golpe de pedernal y un color pardo con vetas azuladas, y verdosas, y rojizas. No eran muy diferentes a los acarreaban aquellos mercaderes del sur que, dos, quizá tres veces entre un invierno y el siguiente, se acercaban al poblado para, junto a diademas y arracadas de plata, brazaletes de marfil, cuentas de nácar y anillos de oro, intercambiarlos por productos elaborados por su tribu, aceite de acebuche, pieles curtidas de cabra, esteras de esparto, hoces de dientes de sílex y queso curado de oveja. Sin embargo, el Gran Moliz sabía que estas rocas, además de cobre, llevaban en sus adentros algún ingrediente capaz de conferir mayor resistencia a las alabardas, a los puñales y espadas, a los cascos de los guerreros. Y eso, en tiempos de sequía extrema y de merodeos de bandidos

hambrientos por su territorio, podía constituir la diferencia entre continuar viviendo y yacer sepultado en una tumba de piedras mampuestas.

El Gran Moliz cerró los párpados, hundió la cabeza en el pecho y se despidió agradecido del enebro sagrado, consciente de que aquel árbol, en virtud de sus raíces hondas y de su afilada copa, transmitiría sus plegarias a los dioses del subsuelo y a los del firmamento. Cuando tuvo a bien abrir sus ojos, el látigo de un relámpago desgarró con su luz la corteza del cielo. El trueno espantó el primer sueño de los grajos y una lluvia sosegada en gotas gruesas, pesadas, se trocó súbitamente en torrencial, mientras continuaba el parto de resplandores por entre esas nubes empeñadas en rozar la tierra, mientras padre e hijo retornaban apresuradamente al poblado, mientras Sabina, la madre de Astil, le esperaba en la cabaña para abrazarle, me tenías tan preocupada, hijo mío, qué delgado estás, pero si estás empapado, vamos, ponte estas prendas de lino que he hilado para ti... Mientras su madre le esperaba junto a la lumbre encendida, con una pierna de oveja asada para cenar y el jergón de esparto dispuesto para el descanso que tanto necesitaba.

.....

Amanecía. Nada más levantarse, Astil acudió a la cabaña del maestro fundidor con el envoltorio de minerales de cobre. El maestro era ya un anciano y caminaba con la espalda encorvada, en silencio, sólo algún gruñido cuando le parecía que la curiosidad de los demás se trocaba en impertinencia. Su mirada trasminaba un extraño reflejo rojizo, como el fruto maduro de los madroños y decían que sus manos estaban provistas de un pellejo inmune a las quemaduras. Machacó el mineral sobre una gruesa laja de piedra utilizando un martillo de pedernal con mango de madera. Introdujo luego los pedazos en una olla de cerámica con la embocadura muy abierta que depositó sobre el fuego. El maestro había oído hablar de aquel cobre especial, cobre arsenicado lo llamaban los metalúrgicos de la Sierra Umbría, pero no terminaba de creer que su mayor dureza pudiera compensar los trajines y acarreos del mineral a tan larga distancia. Avivó el fuego con un fuelle de pellejo de cordero y al cabo de un tiempo el mineral se trocó en una masa informe de escoria entreverada de goterones de cobre. El maestro fundidor rompió la olla con un golpe de martillo y machacó pacientemente la escoria para recuperar los nódulos de metal. Trasladó luego éstos a un crisol de barro para que el cobre se fundiera lentamente, en el mismo fuego, alumbrando una colada de

metal del mismo color del ámbar que vertió sobre el molde en piedra de un puñal. Al enfriarse y una vez fuera del molde, el anciano enmangó el arma remachándola sobre dos cachas de asta de ciervo y se la ofreció a Astil, mientras arrancaba de lo hondo de su pecho el estertor de sus palabras:

- Sólo resta forjarlo y pulirlo. Compara su resistencia con la de tu antiguo puñal, enfrenta sus filos, golpea sus hojas, talla con ellos un fémur de ciervo, intenta clavarlos en un tocón de encina. Sólo así podrás comparar la dureza de los dos metales.

Astil siguió las indicaciones del maestro fundidor y el resultado no pudo ser más determinante. El filo del puñal antiguo se melló al arrancar esquirlas del hueso y su punta se quebró al hincarla en el tocón de encina. El puñal de cobre arsenicado era más tenaz y superó sin daños todas las pruebas. No cabía ninguna duda. Era el metal que estaban buscando.

El anciano preparó otra remesa sobre la laja de piedra. Martilleaba el mineral con la misma obsesiva precisión con que rehuía a los charlatanes y su mirada rojiza permanecía clavada en el resultado de cada uno de sus golpes de muñeca, en ese desmenuce concienzudo que tal vez le servía para olvidar sus penas, para olvidarse durante unos instantes de su mujer, muerta de calenturas

hacía ya tres inviernos. La única persona que sabía cómo despertar palabras desbastadas de rencor de lo hondo de su pecho era Áura, su hija, una muchacha de piel blanca y cabello pajizo que resguardaba en su sonrisa todo el dulzor del aguamiel, toda la transparencia de los carámbanos, el color escarlata de los pétalos de amapola. Astil no sabía cómo dejar de tartamudear cuando coincidía con ella en el almacén del trigo, en el horno de cocer el pan, en la estancia utilizada como quesería, junto a los establos de las cabras. Era algo natural, inevitable, como el balido de un cordero lechal reclamando las atenciones de su madre. Se le trababa la lengua, le sudaban las manos, su mente pergeñaba frases que quizá pretendían resultar ingeniosas pero que una vez reclusas tras sus labios se trocaban en una sarta endurecida de incoherencias recibida siempre por la muchacha con un discreto fruncido de nariz y una condescendiente sonrisa.

Tras informar a su padre de la calidad del nuevo mineral, el Gran Moliz ordenó una expedición de tres carros tirados por caballos a la Sierra Umbría. Seis guerreros escoltarían aquella misión comandada por Astil, en la que intercambiarían mantas de lana, capachos de esparto y pieles curtidas de oveja por el cobre arsenicado. Una gran sequía se avecinaba tras el invierno, así lo

habían vaticinado los dos chamanes que asistían al Gran Moliz en los menesteres adivinatorios. Las hojas de las encinas emitían un murmullo premonitorio sólo audible por los entrenados sentidos de aquellos hechiceros avezados en reconocer los mensajes herméticos de los dioses. Debían acumular grano en los silos, bellotas en las despensas y forraje seco para el ganado. También necesitarían agua. Improvisarían una presa con bloques de piedra en un remanso del río Agua Segura, no lejos de su nacimiento. Quizá fuera suficiente para aguantar un par de inviernos. Pero para el Gran Moliz, lo más importante era disponer de armas suficientes para sus guerreros, armas forjadas con el mejor cobre, el más resistente, el más fiable. Un cobre que se hallaba a unas seis jornadas al noroeste, en las estribaciones de la Sierra Umbría.

.....

Áura se echó la capa de lana negra por los hombros y aprovechó el cambio de guardia en la puerta de la muralla para salir sin ser vista. No deseaba preocupar a su padre y, además, había órdenes de no abandonar la seguridad del poblado hasta que regresara la expedición a la Sierra Umbría. Hacía un frío de nieve, un frío arrastrado por el viento del norte, un frío que se restregaba por las zonas desnudas de su rostro y cristalizaba en una levísima capa de

escarcha, en los labios, en las mejillas, en la delgada piel de sus párpados. La muchacha descendió hasta el enebro sagrado y depositó su ofrenda sobre la laja de piedra caliza, un lebrillo que contenía hojas de tomillo y de romero maceradas en aceite de acebuche. Recitó luego la plegaria que le enseñó su madre antes de que aquellas malditas fiebres la arrebataran de su lado, mojó su dedo índice en el brebaje y lo ungió en espirales sobre su frente. Con la mirada prendida en la copa del enebro esperó en vano una señal, una respuesta, algún indicio sobre el futuro de su pueblo, de la tribu a la que siempre pertenecería, pero su espera resultó vana. Sólo el gemido helado del viento por entre las hojas aciculares del árbol parecía acompañarla. Cuando se percató de su error, de que no estaba sola, ya era demasiado tarde.

El lobo de pelaje de ceniza la derribó sobre la laja de piedra. Áura pudo incorporarse con dificultad, aturdida por la violencia del ataque. El lobo reculó para tomar impulso y lanzarse sobre la garganta de la muchacha, pero Áura saltó desde la piedra al tronco del enebro, quedando colgada de una de sus ramas. Elevó luego las piernas para cruzarlas sobre la misma rama que sostenía sus manos, pero la espalda quedó entonces oscilando en el crepúsculo, enfrentada a la tierra, enfrentada a las fauces de aquella bestia que

trocaba su capa de lana negra en calandrajos, que saltaba una y otra vez con el ánimo de desgarrar a dentelladas la carne de su joven presa humana.

El brazo se cerró sobre el pescuezo del lobo mientras un reflejo rojizo hendía su costillar en busca del tercer espacio intercostal. El filo del puñal de cobre alumbró un torrente bermejo que embadurnó el pelaje de ceniza. El filo del puñal de cobre encharcó de sombras densas las pupilas del lobo. El puñal de cobre arrancó un gañido hondo, destartalado, un aullido de dolor, quizá también de derrota, que se mantuvo estático en la espesura de las tinieblas hasta hacerse evanescente y desaparecer arrastrado por aquel viento escarchado, por entre la laja de piedra caliza, por sobre la copa afilada y centenaria del enebro sagrado, tras los primeros silencios del crepúsculo.

Áura se arrojó a los brazos de Astil, consciente de que era allí, en su regazo, donde deseaba reposar el resto de sus días. Bajo la demacrada luz de la luna, el muchacho contempló en su sonrisa la transparencia de los carámbanos y el escarlata de las amapolas. Durante aquel abrazo, Astil no tartamudeó cuando le aseguró que nada, que nadie podría ya separarlos.